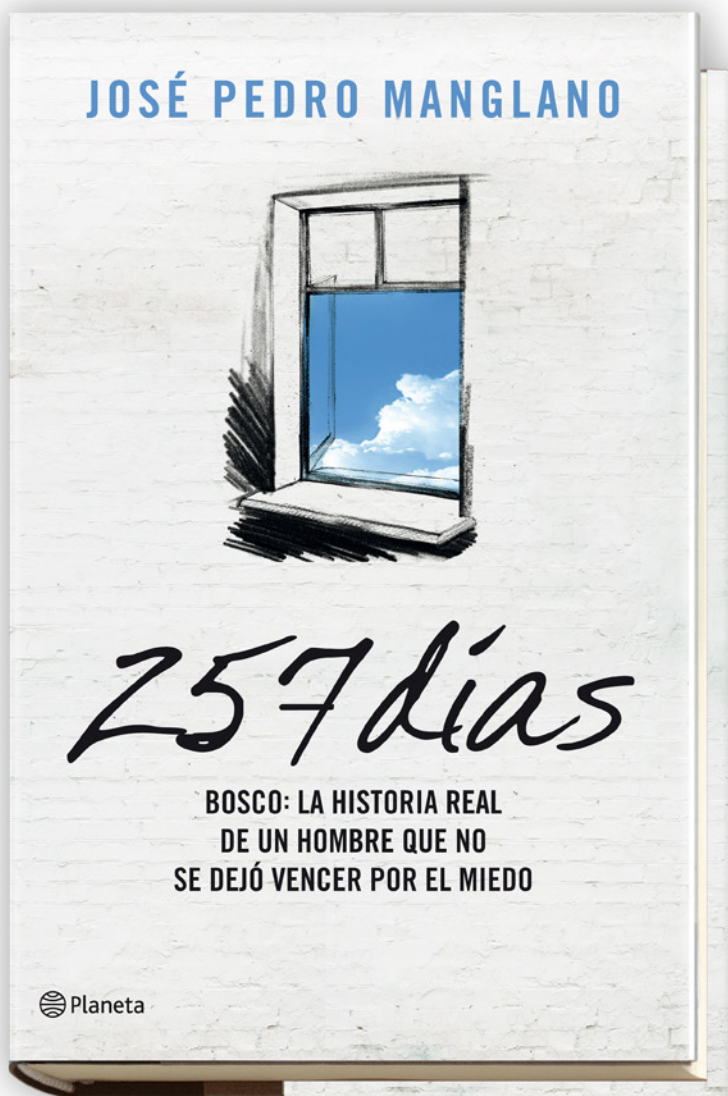


Fragmento

257 días

José Pedro Manglano



Bosco: La historia real de un hombre
que no se dejó vencer por el miedo

JOSÉ PEDRO MANGLANO

257 DÍAS

Bosco: la historia real de un hombre
que no se dejó vencer por el miedo

1

Un miércoles como tantos otros miércoles. Una hora temprana, la habitual de todos los días, también de los miércoles. Bosco se dirige al coche, a su coche, al coche con el que acude al trabajo cada día. Saca las llaves y en el preciso momento en el que va a abrir la puerta, por la espalda, de forma inesperada, unos brazos poderosos se trenzan con los suyos. Inmovilizado, no puede girarse. Recibe un golpe con algo duro. *¡Qué pasa! Será un amigo que bromea. ¿Qué ocurre?* Son cinco hombres. Gritos de «Delegación Anticorrupción». Manos atrás. Esposas. Arrastrado, casi en volandas, hasta el vehículo de al lado. Coche largo, tipo Dart. Amarillo clarito. De dos puertas. Asiento delantero abatido. «¿Qué hacen? ¡Dios mío!, ¡Dios mío!» Otro golpe fuerte en la boca: «O te callas o te matamos.» Gafas como de ventisca pintadas de negro. Empujón. Se le tira al suelo. Boca abajo. Suben los tripulantes. Los pies sobre su cuerpo. El coche se pone en marcha. Las esposas aprietan mucho. El filo de un arma corta la ropa de pies a cabeza. Si es preciso drogarle, se le puede inyectar en cualquier parte del cuerpo. ¡Cómo intimida! Hasta los calcetines abiertos de arriba abajo. Se queda helado, como oveja muda ante los trasquiladores. No ofrece ninguna resistencia. *¿Querrán violarme?*

Unos minutos y el coche se detiene. Abren las puertas con rapidez. El que conduce reclina su asiento y le murmura al oído:

—¡Cállate o te mueres, cabrón!

Se oye otro vehículo que para a su lado. Entre dos le sacan del coche boca arriba, le ponen sobre una manta y le envuelven en ella. Las gafas no ajustan perfectamente: es de color rojo granate. Abren la puerta. Le cargan como un costal para depositarle en el maletero del coche recién llegado. Se le tira al maletero. «¡Las esposas me aprietan mucho!», protesta. Se las aflojan. Una mano le da una palmada en el muslo. Son manos distintas, sin adrenalina. El equipo ha cambiado.

Empieza un viaje largo. El rodar sobre asfalto es monótono. La música alta, muy alta. Oraciones a María, al Dios que todo lo tiene presente. Una parada larga después de varias horas. *Estarán almorzando*. De nuevo en ruta. Parada en el arcén. Susto y miedo. Recuerdo de Jorge Enciso, empresario secuestrado poco tiempo atrás, cuyo cuerpo, después de asesinarle en el trayecto, es arrojado a la cuneta; negociaban con la familia con un rehén sin vida.

Cambio de tripulación. En marcha de nuevo. *Ojalá me lleven con vida hasta algún lugar*. En el maletero, unos altavoces llenan de ruido la oscuridad, de mucho ruido. Parece una emisora de radio, un canal de música. Agudiza el oído pero no es posible escuchar conversación alguna. Mucha confusión. Parón en la música: *No es la radio, es un casete; ¡menos mal que acabó!* Enseguida, la otra cara del casete. Vuelve a empezar. La misma grabación de radio otra vez. Y otra. Y otra... durante las seis horas de viaje.

No siente calor ni claustrofobia. Sólo miedo a perder la vida. Oraciones a Dios no estructuradas. Más bien gemidos, suspiros, gritos silenciosos desesperados.

Han entrado de nuevo en un núcleo urbano. Parones y arrancadas del coche. Llegados a algún lugar, el vehículo disminuye la velocidad y maniobra. Se detiene definitivamente. Cierran el por-

tón de hierro de una cochera. Sacado del maletero a pulso, como un fardo. Ninguna voz. Los ojos continúan tapados. Cogido del brazo da unos pasos. Paran y le mantienen en pie. Unas manos le presionan los hombros hacia el suelo. Una manta tendida en el suelo le recoge. Enrollado como un taco mexicano. Dos personas cogen de los extremos de la manta. Lo cargan unos metros, lo arrastran otros, vuelven a cargarlo. Por fin, le dejan tirado en un suelo duro de un lugar silencioso. Le recuestan sobre un catre.

No sabe si se encuentra en el fondo de un pozo. Muy desorientado. El ruido, ahora, es el de un extractor. Le quitan la manta. Le quitan el antifaz. De forma inconsciente, no quiere mirar. Le fuerzan a abrir los ojos. Su resistencia a ver es un mecanismo de autodefensa. Como quien ante el síntoma no va al médico, no le vaya a confirmar sus sospechas. Hay ocasiones en las que no saber parece más seguro que saber.

Le quitan la ropa. Toda. Le quitan el reloj. Lo ve por última vez: son las tres de la tarde. El universo al que se abren sus ojos tiene pocos elementos. Dos cuates encapuchados con sábanas blancas, que abren dos pequeños ojales en los ojos. Vestidos con batas blancas, guantes de látex rojos, calcetines negros y chanclas de pata de gallo. «Nunca vi el color de su piel.» Siempre vestidos igual.

Uno de los guardianes le ofrece un vaso de zumo de naranja. *¡Qué gusto! Todo muy organizado. Todo previsto. Sin duda son buenos profesionales.*

—¡Son ustedes unos fregones!

Un cuadrito de cristal, con una cámara de vídeo: el ojo que vigilará día y noche. Un plato de porcelana con una bombilla de color amarillo. Esta bombilla será el sol de este minúsculo universo. Encendida creará el día, y apagada declarará la noche. Sus decisiones no coincidirán con los horarios marcados por los astros. Como el farolero del planeta del Principito, el guardián decidirá el tiempo de luz y el tiempo de oscuridad. También advina unos pequeños orificios por donde sale la música.

Los cuates salen de la habitación y apagan la luz.

—Tráiganme una Biblia, por favor —le da tiempo a decir.

Las impresiones son rápidas, se suceden sin orden ni concierto. Cada sentido se encuentra al máximo de sus posibilidades. Cada fibra de su organismo registra información. La cabeza recopila datos y procesa: *Es gente seria, están organizados, son buenos profesionales. No estoy a merced del capricho de un estúpido. Una cabeza pensante lo ha diseñado. Hay disciplina.* Experimenta cierta tranquilidad porque donde la razón ocupa un lugar, es posible intervenir en el curso de los sucesos. Que algo sea mínimamente razonable aleja el capricho y da la posibilidad de prever los acontecimientos sucesivos.

Le duele el labio: no sabe con qué le golpearon, pero tiene una herida que alivia cada tanto humedeciéndola con la lengua.

De vez en cuando abren la portezuela y dejan algo de comida. A veces encienden la luz un momento y dejan la bandeja. Otras veces dejan la comida a oscuras. Quieren que no tenga ninguna referencia espaciotemporal. *No puedo perder la noción del tiempo. Cada comida que me pasen debo registrarla.* Presiona con el dedo en el aislante que cubre la pared. El cálculo será fácil: tres hendiduras, tres comidas, un día. Otras tres, otro día.

Días raros. Cierta *shock*. Tranquilidad y algo de control del tiempo, sí. Pero *shock*. Es tiempo caótico. Como una pesadilla. «Me examiné mucho. Prácticamente no dormí.» Pero gran esperanza: *Establecerán contacto con mi familia enseguida y llegarán a un acuerdo.* En México, la mayoría de los secuestros no duran más de una semana.¹ El riesgo de ser localizados por la policía es grande. Conviene a los secuestradores que sea corto.

Una de las veces que abren la portezuela, junto a la comida le dejan la Biblia pedida. Repasa las marcas: es jueves.

1. Cfr. José Antonio Ortega, *El secuestro en México*, Planeta, México DF, 2008, pp. 53 y 55.

A pesar de marcar las comidas, el tiempo es plano, sin perspectiva. Lo que ocurre —como no ocurre nada— no es capaz de dibujar un antes y un después, la cabeza no consigue implantar orden. La música sigue. No falta en ningún momento. Es siempre la misma casete. La del coche. Acude a Dios, pero de forma desestructurada. Piensa, pero el cerebro es como un bloque de plastilina. Todo forma un enorme conglomerado en el que nada es demasiado identificable. Come lo que le pasan. En la oscuridad. Y en la oscuridad, a palpo, se dirige hasta el excusado de vez en cuando. Rollo de papel y cubeta. Tiempo de pesadilla. Como un mal sueño. El aturdimiento no permite ni siquiera captar que el tiempo se prolonga.

Inesperadamente, porque nada es previsible, entra una persona. Han encendido la luz. Dice ser «el jefe». Ni una palabra. Le entrega un papel que recoge las instrucciones, las reglas de este pequeño universo artificial:

Arquitecto Gutiérrez: bienvenido. Usted ha sido secuestrado. Espero que la captura no haya sido muy violenta. Éstas son las instrucciones.

No podrá haber comunicación verbal con los guardianes, todo se hará por escrito. Puede pedir lo que necesite al doctor TKT, quien está a cargo de la casa.

Tiene usted derecho a una cubeta de agua al día para su baño, a tres comidas, cuando usted las pida. Tendrá derecho a un libro. Podrá pedir alguna revista internacional y algún objeto de aseo. También a las medicinas que nos indique.

En un momento le pasaremos algunas preguntas que quiero que responda. En este negocio no hay más que una salida: nos pagan y nosotros le liberamos.

Si usted y su familia actúan irresponsablemente, le mataremos. Por favor coopere.

NEVADO

A continuación, le pone una grabadora en la boca, y en una tablilla escribe:

Dé un mensaje a su familia. Dígales que está vivo y bien. Anímelos a pagar el rescate.

Bosco graba. Está entero y convencido de que habrá entendimiento. El mensaje tiene que repetirlo una y otra vez porque debe decir todo lo que le han transmitido en menos de dieciocho segundos; a partir de ese tiempo, la policía es capaz de localizar el lugar de la llamada. Por fin es aprobada la octava edición del mensaje:

Mi Gaby, papacito, todos, estoy bien. Estas personas son profesionales y me cuidarán si siguen sus instrucciones. No den aviso a la policía ni a ningún medio de comunicación y esperen sus instrucciones. Estoy en un lugar seguro, me dan de comer y no se meten conmigo. Estoy muy unido a ustedes en la oración. ¡Si cumplen con sus demandas, todo va a salir bien!

Mientras pasa los dedos por su registro —las hendiduras que ha hecho en la pared—, calcula: *Llegué aquí un miércoles. La cena del miércoles, las tres comidas del jueves... Hoy es viernes.*
Todo muy militar. Hay organización, disciplina y orden.

2

«Arquitecto Gutiérrez.» Así se han dirigido a él. Lógicamente, saben que Bosco es arquitecto. Leerlo le ha proporcionado una tímida sensación de bienestar. El trato que se nos da marca las coordenadas de la relación. En la forma con que se dirigen a él no hay desprecio. No es un número. Ni una cosa. Para un arquitecto, que le llamen «arquitecto» significa el reconocimiento de una importante dimensión de su persona.

Bosco *no trabaja* en la arquitectura, sino que *es* arquitecto. A pesar de estar estrenando la treintena de años, ha construido mucho en todo su país, México. Se reconoce, con orgullo, discípulo del prestigioso Luis Barragán (1902-1988). Considerado el mejor arquitecto mexicano del siglo xx, marca todo un estilo caracterizado por la abstracta noción del espacio interior, noción que ha marcado la arquitectura y también el estilo de la vida de Bosco.

¿Qué es el espacio interior? Cuando Barragán recibió en Estados Unidos el acreditado premio de arquitectura Pritzker, impartió una conferencia en la que, tras reivindicar las palabras «silencio, soledad, serenidad y alegría», afirmaba que todas ellas «han encontrado amorosa acogida en mi alma, y si estoy lejos de haberles hecho plena justicia en mi obra, no por

eso han dejado de ser mi faro». A continuación desarrollaba brevemente algunas de las claves antropológicas de su arquitectura:

Silencio: en mis jardines, en mis casas siempre he procurado que prive el plácido murmullo del silencio, y en mis fuentes canta el silencio.

Soledad: sólo en íntima comunión con la soledad puede el hombre hallarse a sí mismo. Es buena compañera, y mi arquitectura no es para quien la tema y la rehuya.

Serenidad: es el gran y verdadero antídoto contra la angustia y el temor; y hoy, la habitación del hombre debe propiciarla. En mis proyectos y en mis obras no ha sido otro mi constante afán, pero hay que cuidar que no la ahuyente una indiscriminada paleta de colores. Al arquitecto le toca anunciar en su obra el evangelio de la serenidad.

Alegría: ¡cómo olvidarla! Pienso que una obra alcanza la perfección cuando no excluye la emoción de la alegría, alegría silenciosa y serena disfrutada en soledad.

Bosco proyecta los rasgos descritos en su trabajo y en su manera de ser, y puede decirse que los ha asumido y hecho vida; al menos, como en su maestro Barragán, son su faro. Conocer estos rasgos es importante para que el lector conozca un poco mejor a Bosco, pues influirán decisivamente en su manera de vivir el secuestro.

Bosco valora el espacio interior. Con independencia de las condiciones de la vivienda, el arquitecto debe ser capaz de construir espacios interiores que generen silencio y serenidad, junto a la necesaria soledad para encontrarse a uno mismo y así lograr la victoria de la vida sobre la muerte en cualquiera de sus formas.

Él ha sido el arquitecto de su propia casa, a la que se ha trasladado con Gaby y sus hijos tan sólo tres años antes de que ocurran los acontecimientos que ahora narramos. Esta

casa ganó el premio de la Bienal de Arquitectura concedido en enero de 1990. Entrar en ella no es sólo pasar a cobijarse bajo un techo, sino que supone una verdadera experiencia: se te dilata el alma, el espíritu se detiene y expande, el interior se encuentra súbitamente arropado. El espacio interior de la vivienda genera espacio interior personal.²

Hace tan sólo unos meses, el último enero, Bosco ha sido invitado a impartir una conferencia de arquitectura en el Pacific Design Center de Los Ángeles, California. La ha titulado *Richness of Internal Space (La riqueza del espacio interior)*.

Quien se dedica a construir tiene un estilo que imprime en cada una de sus obras... ¿Cómo no va a estar presente en el estilo con que construya su propia existencia?

2. En la primera página del cuadernillo de ilustraciones se reproduce la crítica que recibe esta construcción en una prestigiosa revista de arquitectura.